

El Economista, editorial, 17.01.08

No se pueden hacer peor las cosas

Es muy probable que, a estas horas, una gran parte de los simpatizantes del Partido popular no hayan asimilado todavía los efectos de la crisis interna abierta en Génova en plena campaña electoral. No es para menos. Los desencuentros entre la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, y el alcalde de la capital, Alberto Ruiz Gallardón, vienen de lejos y, de hecho, han sido muy numerosas las ocasiones en las que han dirimido sus diferencias en público. Pues bien, ayer tuvo lugar el último de estos desencuentros, y probablemente el más grave. De hecho, pese al carácter privado de la reunión, los pormenores no tardaron en trascender: Mariano Rajoy dejaba fuera de las listas al Congreso a Gallardón. Así, uno de los rostros más mediáticos del partido veía fracasar sus aspiraciones de dar el salto a la política nacional por la oposición frontal de Aguirre, que forzó la decisión salomónica de Rajoy: ni uno ni otro. No había margen para mucho más. Ni 24 horas les duró la alegría a los de Génova por el *efecto Pizarro* ; mientras los socialistas – sin dar crédito- se frotaban las manos. La crisis desatada en el Partido Popular no es un incidente menor, es uno de esos asuntos enrevesados que, mal gestionado, puede costarle caro el próximo 9 de marzo. Y la responsabilidad será, en exclusiva, de Mariano Rajoy. La ambición es, en política, una cualidad casi imprescindible siempre que se mantenga fiel a los intereses y las directrices del partido. Sin embargo, la capacidad de aunar esas ambiciones individuales en pro de un proyecto común, debe ser una condición *sine qua non* en un buen líder político. Rajoy ha obviado un problema que al final le ha estallado en plena cara. Un error por omisión que ejemplifica la tónica general de la *etapa Rajoy* al frente del Partido Popular.